



Mujeres que tejen sueños...

SUEÑOS que consolidan vidas

Lic. Magda Inés Uzcátegui

magdaines_23@yahoo.es

María Julia Torres es una mujer de 84 años de edad, que nació y ha vivido siempre en Gavidia, bello pueblo del páramo merideño. María Julia trabaja con la lana desde los 10 años, y fue su abuelo Tomás quien le enseñó este arte.

En la antigüedad era común que las familias hicieran sus propias cobijas, pues no existían tiendas donde comprarlas. La abuela de María Julia escarmenaba e hilaba la lana y su abuelo era el que tejía las cobijas. Hacer cobijas era considerado un trabajo casero, ya que era el único abrigo que existía en esa época, con ellas se abrigan para dormir o salir a la calle. Éste es el origen de las chamarras, ponchos o ruanas; la diferencia era que a estos se les abría un agujero para introducir la cabeza.

María Julia transmitió el conocimiento de la lana a todas sus hijas y algunas vecinas: "Yo le enseñé a las muchachas a trabajar con la lana, a hilar y escarmenar la lana, a lavarla y les dije cómo hacía mi abuelo Tomás que era el que trabajaba. Él era el que tenía un telar y hacía cobijas. Pues ellas aprendieron y se animaron



María Julia Torres, tejedora de Gavidia

Hacer cobijas era considerado un trabajo casero, ya que era el único abrigo que existía en esa época... Éste es el origen de las chamarras, ponchos o ruanas...

y se pusieron a escarmenar lana, a hilar, a tejer y formaron como una cooperativa de mujeres. Y se pusieron ellas mismas y aprendieron y ahora son famosas. Ellas han andado por toda Venezuela y por otros países y hacen de todo, todo lo que piensan hacer lo hacen, con una o dos agujas a mano y en el telar, hacen de todo: cobijas, cortinas, gorros, guantes, todo ¿no ve que Dulce ha andado por nueve naciones? Todo lo que han hecho ellas en la vida es a partir del tejido”.

“20 mujeres de todas las edades conforman la cooperativa de mujeres tejedoras de Gavidia”, afirma Dulce, uno de los pilares fundamentales de esta importante organización de mujeres tejedoras de Gavidia. “Comenzamos en el 2000 como asociación civil y tenemos dos años de funcionar como cooperativa y esto realmente ha sido un ingreso para las familias que conformamos esta cooperativa, porque todo lo que hacemos lo vendemos, no se nos queda nada. Hacemos de todo: tapices, medias, ruanas, bufandas, bolsos, carteras, cobijas, cubrecamas, gorros, guantes, cortinas y todo lo vendemos a los turistas y la gente de Mérida que sube hasta aquí a comprarnos todo”.

Al preguntarle en torno al respaldo recibido, indicó: “Hemos recibido apoyo del Fondo Único Social para dos proyectos y también del CONAC, pero todo directamente de Caracas. Con esos recursos compramos las ovejas y mandamos a hacer unos telares en Mucuchíes. Respecto al terreno para la casa comunal, parte lo donó el propietario, el Sr. Quico Espinoza y parte el Alcalde Alexander Quintero (+). El CIARA nos ayudó con el viaje a Bolivia para participar en un concurso. De allá nos trajimos un premio”.

Dulce María Torres de Castillo es una mujer emprendedora y luchadora, tiene 51 años de



María Cecilia Torres, tejedora de Gavidia, y su hijo Sebastián



Alicia Torres, tejedora de Gavidia



edad y con una energía increíble recuerda: “en el 2005 fui a Italia, Portugal, Francia, España, Brasil y el año pasado, en noviembre estuve en Bolivia representando al país en un concurso internacional. Y aquí en el país he estado en varios Estados participando en ferias, hasta en la feria de tintorero en Barquisimeto hemos estado”.

Uno de las cosas que nos llamó la atención en la comunidad de Gavidia fue el hecho de que en la escuela de esta población imparten clases de tejido con lana de oveja a los alumnos. Al respecto Dulce nos relató el origen de esta experiencia: “Desde preescolar se comienza a enseñar a los niños a trabajar con la lana, esta labor se incorporó a las materias que deben ver los niños en la escuela. La enseñanza de la lana en la escuela fue iniciativa propia, yo fui y hablé con una maestra y le pregunté que si a ella le gustaría que dictáramos un taller para enseñar a los niños a trabajar con la lana y ella dijo que sí

y así lo hicimos, pero en un solo salón, y nos fue muy bien. Este año, nos llamaron y nos pidieron que lo hiciéramos con todos los grados y nos incorporamos varias mujeres de la cooperativa y estamos dando clases *ad honorem*. Claro muchos éxitos ganamos a través de este trabajo con los niños en la escuela”.

Dulce afirma que los telares que usan en la escuela y en algunas de las casas de las mujeres tejedoras los han hecho ellas mismas con la ayuda de sus esposos. Respecto a los tintes para dar color a la lana nos dice: “Los tintes los preparamos nosotras mismas con plantas que existen aquí en la comunidad, hemos sacado todos los colores, los colores que uno quiera experimentando y combinando. Hay unas flores rojas que uno piensa que van a dar ese color y dan un color beige o gris, hay unas amarillas que dan color rosado. Nosotras hervimos las plantas con la lana. En Bolivia yo vi que machacaban

bastantes plantas y ese jugo lo hierven con la lana, nosotras aquí hervimos directamente las plantas sin machacar, con la lana”.

Al preguntarles por el origen del rebaño, indicó: “Nosotras tenemos rebaño propio, una de las señoras compró un terreno con el dinero que la organización le prestó y nosotras compramos los postes y el alambre, hicimos el potrero y luego compramos las ovejas en Colombia, son raza merino. Otras las compramos aquí pero también venían de Colombia y se han venido reproduciendo y el terreno de la casa artesanal ya lo vamos a tener. Hemos introducido el proyecto en varias instituciones y hay gente interesada en ayudarnos y estamos montadas en eso”.

Dulce hace una reflexión y con una gran sonrisa en los labios dice: “Al principio la gente no creía en el proyecto, no había mucha credibilidad en la comunidad, pero con el tiempo han visto los logros y se han ido incorporando a la cooperativa y ahora muchas mujeres quieren participar en la cooperativa. Ha sido un trabajo de hormiguita y poco a poco hemos ido logrando muchas cosas. Es una cooperativa que ha ido funcionando muy lentamente, pero con muchos logros. Nos hemos mantenido. En estos momentos estamos organizando todos los documentos, el registro en Sunacop, el RIF y todo lo que hace falta. Nosotras estamos seguras que con la casa artesanal todo va a ser mejor, porque no solamente va a funcionar lo de la lana, sino también trabajos con la madera, otro tipo de artesanías y muchas actividades para la comunidad”.

“Yo me siento muy bien y orgullosa de ser *gavidiera*, de tener una comunidad donde por lo sano y lo puro que es aquí, uno tiene la mente despejada para pensar, imaginar e inventar cosas buenas. Y eso de que la comunidad se



Dulce María Torres de Castillo, tejedora de Gavidia

incorpore, para mi ha sido algo muy maravilloso, porque mi trabajo social no es sólo social es más que todo espiritual y lo que más me gusta es ayudar y colaborar con la comunidad para que se incorpore a las cosas importantes. Rescatar muchas cosas...”

Nos despedimos de Gavidia y de estas mujeres con la satisfacción de saber que existen seres humanos con sensibilidad, creatividad y conciencia social, valores que en otras regiones del país se han perdido, pero que aquí entre montañas y riscos se conservan y reproducen, asegurando el fortalecimiento de las familias que allí habitan. Nos vamos orgullosas también de ser andinas. ❀